rinconcito puesto como nuevo, todavía con olor á pintura, un piano tocaba á todo vuelo cancanes conocidos y polkas de bailes públicos. Esos aires de danza que se desbordaban sobre la carretera y daba grima el oirlos, mezclados con la gran polvareda de Julio, esa balumba de flores grandes y mujeres gordas, esa alegría superabundante y trivial, oprimianme el corazón. Pensaba en el pobre viejo que antes paseaba por allí dichoso, tan tranquilo; y me parecía verle en París, con su sombrero de paja y su dorso de antiguo hortelano, errante por el fondo de alguna trastienda, aburrido, tímido y lacrimoso, en tanto que su nuera triunfaba tras de un mostrador flamante, donde sonaban las monedas de la venta de la casita.

CUENTOS DE NAVIDAD

I

UNA NOCHE-BUENA EN EL MARAIS

Majesté, fabricante de agua de seltz en el barrio del Marais, acaba de asistir á una cena en casa de unos amigos de la Place-Royal, y regresa á su domicilio canturreando... Dan las dos en Saint-Paul. «¡Qué tarde es!», dice para sus adentros el buen hombre, y aprieta el paso. Pero el enlosado está escurridizo y las calles oscuras; y en ese demonio de barrio antiguo, que data de los tiempos en que eran escasos los carruajes, hay además un montón de vuel-

tas y revueltas, y de guardacantones delante de los zaguanes para uso de los jinetes. Todo esto impide ir deprisa, sobre todo cuando se tienen ya un poco pesadas las piernas y los ojos algo cargados por los brindis de la cena... Al fin y al cabo llega á su casa M. Majesté. Detiénese junto á un portalón adornado, donde á la luz de la luna brilla un escudo de armas dorado de nuevo y con blasones antiguos repintados, que ha convertido en su marca de fábrica:

PALACIO (ANTES) DE NESMOND

MAJESTÉ JOVEN

Fabricante de agua de Seltz

En todos los sifones de la fábrica, en los membretes de las cartas, apa-

recen y resplandecen los antiguos cuarteles de los Nesmond.

Después del zaguán está el patio, un anchuroso patio ventilado y claro, que al abrirse durante el día da luz á toda la calle. En el fondo del patio se ve un gran edificio muy antiguo: paredes oscuras, con muchos adornos y labores; balcones de hierro redondos, balcones con balaustre de piedra, inmensas ventanas altísimas coronadas por frontones y capiteles que se elevan hasta los últimos pisos, como otros tantos aleritos dentro del alero general, y en fin, en la armadura de la techumbre, en medio de las pizarras, las lumbreras de las buhardas, redondas, coquetonas, rodeadas de guirnaldas como el marco de un espejo. Además de esto, una gran escalinata de piedra corroída y ver-

dosa por la lluvia; y una escuálida parra trepando por las paredes, tan negra y tan retorcida como el cordel que pende balanceándose desde la garrucha del granero: no sé qué grande aspecto de vetustez y de tristeza... Tal es el antiguo palacio de Nesmond.

En pleno día no parece el mismo palacio. Por todas partes relumbran con letras de oro las palabras *Caja*, *Almacenes*, *Entrada á los talleres*, dando vida, rejuveneciendo á los viejos muros. Los camiones de ferrocarriles hacen retemblar la portalada; los dependientes, con la pluma detrás de la oreja, salen á la escalinata para hacerse cargo de las mercaderías. El patio está intransitable, con tantos cajones, cestos, paja y tela de empaquetar como hay en él. Claramente se ve que

aquello es una fábrica... Pero con el gran silencio de la noche y aquella luna de invierno, que arroja y mezcla sombras entre la espesura de aleros complicados, la antigua casa de los Nesmond recobra aires señoriles. Los balcones parecen de encajes; el patio de honor se ensancha, y la vieja escalera, iluminada por tragaluces desiguales, como que presenta escondrijos de catedral, con nichos vacíos y gradas ruinosas semejantes á altares.

Esta noche sobre todo, M. Majesté le encuentra á su casa un aspecto singularmente grandioso. Al atravesar el desierto patio, el ruido de sus pisadas le impresiona. La escalera le parece inmensa, sobre todo, muy pesada de subir. Sin duda, consistirá en la cena... Al llegar al primer piso, detiénese para tomar

aliento y se acerca á una ventana. ¡Lo que es el vivir en una casa histórica! M. Majesté no es poeta (¡Dios nos libre!); y, sin embargo, al mirar aquel hermoso patio aristocrático donde la luna extiende una sabana de luz azulada, aquella vetusta residencia de gran señor que parece dormida con sus aleros cubiertos con gorros de nieve, le asaltan ideas del otro mundo:

—¡Hum!... ¡Si, á pesar de todo, se apareciesen los Nesmond!...

En ese momento suena un gran campanillazo. Abrese de par en par el portón con tal rapidez é ímpetu, que se apaga el reverbero; y durante algunos minutos prodúcese allá abajo, entre la sombra del zaguán, un ruido confuso de roce de telas, de cuchicheos. Disputan, pugnan por entrar. Criados, muchos criados; carrozas todas de cristales, brillando como espejos á la claridad de la luna, sillas de manos balanceándose entre dos antorchas, que se avivan con la corriente de aire del portalón. En un santiamén queda lleno el patio hasta no caber nada más. Pero al pié de la escalinata cesa la confusión. De los carruajes apéanse personas que se saludan y entran charlando como si conociesen la casa. Hay en esa gradería un continuo ruido de rozarse telas de seda y entrechocarse espadas en las vainas. No se ve otra cosa sino cabelleras blancas, pesadas y mates, de polvos; no se oye más que vocecitas agudas, un poco temblonas, risitas sin timbre, pasos menudos. Todas aquellas gentes parecen viejas, muy viejas. Tienen ojos empañados, joyas descuidadas,

antiguos brocados de seda de suaves matices cambiantes, que á la luz de las antorchas brillan con reflejos pálidos; y sobre todo esto flota una neblina de polvos, que sube de las pelucas monumentales ensortijadas en tirabuzones, á cada una de esas lindas reverencias, un poco tiesas á causa de las espadas y de los rotundos guardainfantes... Bien pronto la casa entera tiene el aspecto de la vida de sociedad íntima. Lucen de ventana en ventana las antorchas, suben y bajan por las revueltas de las escaleras; hasta los tragaluces de las buhardillas tienen su chispa de luz y de vida. Ilumínase todo el palacio de Nesmond, cual si en sus ventanales se reflejase la magnífica lumbre de una puesta del sol.

—¡Ah!... ¡Dios mío, van á prender fuego!...—exclama para sí M. Majesté.—Y saliendo de su estupor, trata de sacudir el entumecimiento de sus piernas y baja á escape al patio, donde los lacayos acaban de encender una gran hoguera. Se aproxima á ellos M. Majesté y les habla. Los lacayos no le responden, y continuan hablando quedito unos con otros, sin que el más mínimo vapor halituoso brote de sus labios entre la glacial oscuridad de la noche. M. Majesté no está á gusto; sin embargo, una cosa le tranquiliza y es: que esa gran fogata cuyas llamas suben tan altas y tan derechas es un fuego singular, una lumbre sin calor, que luce y no quema. Tranquilo por este concepto, el buen hombre sube la escalinata y penetra en sus almacenes.

Estos almacenes de la planta baja debieron ser antaño unos magníficos salones de saraos. En todos los ángulos relucen aún partículas de oro deslucido. Pinturas mitológicas dan vuelta por el techo, rodean á los espejos y flotan sobre las puertas, con vagos matices un poco empañados, como el recuerdo de los años que han corrido. Por desgracia, allí no hay cortinas ni muebles. No se ven más que cestos, grandes cajas llenas de sifones con embocaduras de estaño, y las ramas secas de un viejo macizo de lilas que suben oscuras por detrás de los cristales. Al entrar M. Majesté se encuentra con sus almacenes llenos de luz y atestados de gente. Saluda en general, mas nadie para mientes en él. Las damas, del brazo de sus galanes, continuan haciendo

arrumacos ceremoniosos bajo sus ropones de raso. Pasean, charlan, se dispersan. Verdaderamente que esos viejos marqueses parece que están todos en sus propias casas. Una pequeña sombra se detiene ante un entrepaño pintado, exclama temblorosa: «¡Quién dirá que yo soy esa!» y contempla sonriéndose una Diana esbelta y sonrosada que con una media luna en la frente se yergue en el tablero.

—¡Nesmond, ven á ver tus armas! Y todo el mundo se echa á reir al ver el blasón de los Nesmond estampado en una arpillera de empaquetar, con el apellido de Majesté debajo de él.

—¡Já, já, já!... *¡Majesté!*... Pues qué, ¿aún hay *Majestades* en Francia?

Todo son jocosidades sin cuento,

risitas aflautadas, dedos que apuntan al aire, bocas que hacen melindres...

De pronto grita uno de ellos:

—¡Champagne! ¡Champagne!

—¡No lo es!...

—¡Sí lo es... Sí, es Champagne... Vamos, condesa, cenemos juntos.

Han tomado por Champagne el agua de seltz de M. Majesté. Lo encuentran un poco flojo; pero ¡bah! de todos modos, se lo beben. Y como aquellos fantasmillas no tienen muy sólida la cabeza, poco á poco esa espuma del agua de seltz les anima, les excita, les da ganas de bailar. Organízanse minués. Cuatro violinitos que ha hecho venir Nesmond comienzan un aire de Rameau, todo él en *triolets*, dulce y melancólico dentro de su misma

vivacidad. Es de ver cómo giran con lentitud y saludan á compás con aire grave todas esas antiguas preciosas. Sus atavíos se rejuvenecen, y lo mismo las chupas de oro, las casacas bordadas, los zapatos con hebillas de diamantes. Los mismos entrepaños parecen revivir al escuchar esos aires antiguos. El vetusto espejo, embutido en la pared doscientos años ha, también los reconoce; y arañado, ennegrecido en los ángulos como está, brilla suavemente y envía su imagen á los que bailan, un poco, borrosa, como enternecida por un penoso recuerdo. En medio de todas esas elegancias, M. Majesté se encuentra molesto. Se ha escondido tras de un cajón y contempla todo aquello...

Sin embargo, poco á poco empieza á amanecer. Por las puertas vi-

drieras de los almacenes se ve blanquear el patio, luego lo alto de las ventanas, y por fin todo un lado del salón. A medida que aumenta la luz, se borran y confunden las figuras. Bien pronto M. Majesté ya no ve sino dos de los violinistas retrasados en un rincón y que se evaporan al tocarles la claridad del día. En el patio advierte todavía, aunque muy vaga, la forma de una silla de manos, una cabeza empolvada y con estrellas de esmeraldas, las últimas chispas de una antorcha que un lacayo tira al suelo, y las cuales se mezclan con las chispas que hacen saltar las ruedas de un vehículo de trasporte que penetra con gran estrépito por el zaguán abierto...

LAS TRES MISAS REZADAS

I

Dos pavas trufadas, Garrigou?...

—Sí, mi reverendo: dos pavas magníficas, atiborradas de trufas. Estoy un poquito enterado; como que ayudé yo á rellenarlas. Tan tirante estaba su piel que, al asarse, dijérase que iba á estallar...

—¡Jesús, María y José! ¡Y yo que me pirro por las trufas!... Dame volando mi sobrepelliz, Garrigou...